

Reciclar para cambiar VIDAS



Sostenibilidad

**Reducir, reciclar,
reutilizar, reinsertar**

Testimonios

**Seis historias,
cientos de nuevas
oportunidades**

Reportaje

**¿Cómo será
el empleo del
futuro?**

Tribuna

**Pacto verde,
transición
justa**

LA AVENTURA DEL RECICLAJE MÁS INCLUSIVO

Por
Óscar Martín
CEO de Ecoembes

El mundo es un lugar por el que merece la pena luchar se convirtió en la máxima que guiaba la vida de Hemingway. El planeta se enfrenta a una crisis sanitaria, humanitaria y económica sin precedentes propiciada por la expansión de la COVID-19. La lucha contra la pandemia global pone sobre la mesa una realidad a veces olvidada: el mundo en el que vivimos está completamente interconectado y, por tanto, los retos a los que nos enfrentamos son cada vez más complejos. La crisis climática y la sanitaria van de la mano en este planeta en el que la pérdida de biodiversidad favorece que las enfermedades infecciosas y los virus salten de una especie a otra –de monos a humanos, por ejemplo– y agudiza el cambio climático que, a su vez, impacta en el desarrollo económico de los países y evidencia las desigualdades. Hoy más que nunca, el mundo despierta ante las evidencias irrefutables de que medioambiente, salud y economía son interdependientes. Si uno falla, la rueda deja de girar.

Esta edición especial de *Reciclar para cambiar vidas* nace de la necesidad de dar forma a un proyecto que vio la luz en el seno de Ecoembes hace ya siete años y que, hace tres, sumó como mano derecha a la Obra Social La Caixa para unir reciclaje e impacto social bajo un mismo paraguas: el de la inclusión de las personas más vulnerables de nuestra sociedad.

Estas páginas recogen el espíritu de un proyecto que trabaja para cambiar el mundo desde lo local, desde las acciones concretas que no se quedan en un limbo interminable de grandes palabras y compromisos que no llegan a buen puerto. El reciclaje es un elemento esencial para proteger y cuidar la biodiversidad de los ecosistemas que nos mantienen con vida y, sobre todo, sanos. Si queremos una Tierra saludable, todos debemos asumir nuestra parte de responsabilidad, sin olvidar que también tenemos que garantizar una vida digna para todos los humanos que la habitan. El proyecto del que hoy hablamos es importante en ambas misiones: conjuga la gestión de residuos con la (re)

inserción sociolaboral de todas aquellas personas que, por diferentes motivos, se quedaron fuera del mercado laboral y se vieron privadas de un futuro con el que soñar. El empleo es el eje principal que mueve a las sociedades y preservarlo será el gran reto de la revolución tecnológica y digital que ya vivimos y que merece toda nuestra atención.

Por eso, las segundas oportunidades impregnan este número. Las tribunas que nos acompañan dibujan un mañana esperanzador en el que se han superado crisis como la del coronavirus o la medioambiental y, además, han servido como combustible para el motor económico que empuja al mundo empresarial. Toda crisis, dicen, puede convertirse en una oportunidad. Y la vivida en primavera de 2020, junto a la climática, puede convertirse en la chispa que prenda la llama del cambio y acelere la tan necesaria transición ecológica. Encontramos en estas páginas nuevas oportunidades que explorar, como nos cuenta Cristina Monge, o un Pacto Verde justo que construir a nivel europeo, como explica Francisco Fonseca Morillo.

Si de cada crisis podemos sacar una lección, de la emergencia ambiental se desprende la necesidad de una transformación de nuestro modo de vida, incluidos los sistemas económico, industrial, laboral, de consumo y cultural. Así nos lo hace saber Nicola Cerantola, una voz experta que lleva años sumergiéndose en las profundidades de la economía circular y que conoce los beneficios que su completa adopción supondría para el planeta.

Hace cuarenta años, la autora rusa Lidia Chukóvskaia lanzaba al aire una pregunta con la que las personas en situaciones vulnerables se pueden identificar: «No estoy y nunca estuve, pero... ¿estaré?». No saber la respuesta paraliza nuestras acciones cuando más necesario es el movimiento. *Reciclar para cambiar vidas* podría ser el impulso para manifestar, con voz firme, nuestro deseo de permanecer en un planeta más verde, más solidario y mejor para todos sus habitantes.

REDUCIR

RECICLAR

REUTILIZAR

REINSERTAR

Además de ser un sector imprescindible para garantizar la sostenibilidad del planeta, el reciclaje también es una oportunidad para mejorar la vida de personas en riesgo de exclusión social. Ecoembes y Obra Social La Caixa unen fuerzas para abrir una puerta al mercado laboral a aquellos que, por sus circunstancias personales, tienen difícil acceder a él. **Por Raquel Nogueira**





Si Santiago, el viejo protagonista de *El viejo y el mar*, viviese hoy, sus palabras de que nadie –jamás– está solo en la mar serían tan

ciertas como cuando fueron escritas, pero cobrarían además una nueva y desconocida dimensión: su soledad se vería diluida entre los millones de peces y criaturas oceánicas, pero ahora también encontraría una cantidad ingente de *basural* y algas sin vida. Devolverle al mar el color azul que comparte con los ojos de Santiago es uno de los principales objetivos para demostrar una de las máximas de Hemingway: que el mundo es un lugar por el que vale la pena luchar.

En esa ardua tarea, el reciclaje es uno de los elementos cruciales para proteger la biodiversidad y luchar contra la emergencia climática, un combate que no solo se libra en el plano medioambiental: si los más vulnerables son quienes sufrirán en mayor medida las consecuencias del calentamiento global, el problema también adquiere una dimensión social que nadie puede olvidar. Así, algo tan sencillo como separar correctamente los residuos en su punto de origen otorga una nueva oportunidad para el planeta y todas las especies que habitan en él. Incluida la nuestra.

Si, como premisa, todo el mundo necesita segundas oportunidades para alcanzar sus metas –sean estas cuales sean–, la compleja realidad socioeconómica que dejó el estallido de la burbuja en 2008 y las que traerá consigo la actual crisis sanitaria producida por la COVID-19, la hace imprescindibles para aquellos que sufren de forma más directa sus consecuencias. Aunque la crisis trajo consigo desempleo, desigualdad y pobreza, también prendió la chispa de una ola de movilizaciones y proyectos bajo la bandera de la solidaridad y la conciencia social que se preguntaba cómo habíamos llegado a ese punto, quiénes eran los más perjudicados y, sobre todo, cómo coser la brecha creada

para no dejar a nadie fuera sin importar su condición. Presidarios, parados de larga duración, víctimas de violencia de género, personas con discapacidad, mujeres que perdieron sus casas o empleos tras quedarse embarazadas, jóvenes que ya no lo son tanto a quienes la precariedad les llevó a vivir en los márgenes de la sociedad... Ahora, con la nueva crisis –aunque esta vez sea sanitaria–, la exclusión social vuelve a pender como la espada de Damocles sobre aquellos que, en cualquier momento, temen volver a encontrarse en una situación de vulnerabilidad extrema. Y, en ese contexto, encontrar un nuevo camino para los residuos también puede ayudarles a hallar el suyo.

Iniciativas como *Reciclar para cambiar vidas* nacen, precisamente, con esa vocación: añadir una nueva palabra –reinsertar– a las tan conocidas tres *R* de la sostenibilidad, para ponerlas al servicio de quienes, por diversas circunstancias, se han visto privados de las oportunidades mínimas para desarrollarse como individuos independientes, luchando, de este modo, por crear una sociedad más justa e igualitaria.

El proyecto vio la luz en el seno de Ecoembes en 2014 con una pretensión muy clara: aspirar a ser un movimiento abierto a todo el sector para «revolucionar una industria que, además de *verde*, tiene el potencial de ser inclusiva», asegura Beatriz Aylagas García, responsable de Responsabilidad Social Corporativa de la organización medioambiental sin ánimo de lucro que promueve la sostenibilidad y el cuidado del entorno a través del reciclaje y el ecodiseño. Por eso, hace ya siete años, se creó un programa que llegase a uno de los segmentos de población más olvidados: los reclusos.

Según los datos que recoge en un estudio publicado en 2014 en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, la crisis económica de hace doce años hizo que aquellos que habían pasado por un centro penitenciario tuvieran aún más difícil encontrar un trabajo, incluso aunque

Sin embargo, la exclusión laboral afecta a personas de todo tipo, y no es necesario haber pasado por prisión para encontrarse en una situación difícil de vulnerabilidad social. En 2017, una vez consolidado dentro de las cárceles españolas, *Reciclar para cambiar vidas* dio un paso más hacia la inclusión y el fin de la pobreza en España gracias a la unión entre Ecoembes y Obra Social La Caixa, que permitió la apertura del programa a toda la sociedad sumando cien horas más de prácticas en empresas a las doscientas horas lectivas con las que ya contaba el curso.

Antes de sumarse a la iniciativa de Ecoembes, la entidad bancaria ya desarrollaba el programa Incorpora, que ayuda a incorporarse al mundo laboral a las personas que más alejadas se encuentran de él. Por eso, la unión de ambas organizaciones era el paso natural en el camino para mejorar la vida de las personas más vulnerables. «Ecoembes nos permite llegar a las empresas que trabajan el reciclaje. Poder acceder a todas estas compañías facilita la integración laboral, pero también aporta un valor añadido: ya no solo se reciclan envases, sino que también se ayuda a reciclar vidas», remarca Jaume Farré Cortadellas, director del Departamento de Integración Sociolaboral de Fundación La Caixa.

Gracias a esta alianza, los usuarios del programa llegan a *Reciclar para cambiar vidas* a través de las más de cuatrocientas organizaciones sin ánimo de lucro y asociaciones que forman parte de la red Incorpora de La Caixa como, por ejemplo, la Fundación Tomillo de Madrid. La coordinadora territorial del programa, Sonia Pérez Recio, cuenta cómo desde la entidad social llevan todas las etapas del proceso, desde la formación y la selección de las personas entre las organizaciones que pertenecen a la red al seguimiento durante los meses que dura. «Estas formaciones específicas elaboradas por Ecoembes y Tomillo son las medidas con las que se está consiguiendo



este fuera precario. El problema se agravaba porque, en la mayoría de los casos, se trataba de personas con un bajo nivel de educación formal previa, una circunstancia que precipitó que se convirtieran en uno de los grupos con mayor peligro de exclusión sociolaboral de nuestro país y que, por ende, también aumentó sus posibilidades de reincidencia. En este contexto, en los casi medio centenar de centros penitenciarios en los que Ecoembes imparte sus talleres, la formación en gestión de residuos se convierte en una herramienta esencial para ayudar a la reinserción social de los internos.

«La mayoría de las veces te encuentras con un perfil de alumno que no tiene mucha formación, incluso casi ninguna, y tienes que darle una teoría que, además, hay que adaptar al trabajo que va a desarrollar, no solo en un futuro, en la calle, sino también ahora, en los talleres de producción, gestión de residuos y basura dentro del centro», reconoce Antonio David

Navarro, que lleva desde 2015 impartiendo el programa *Reciclar para cambiar vidas* en centros penitenciarios repartidos por Andalucía. Su compañera Sophie Pasleau, que también empezó a colaborar con el programa desde sus inicios, también apunta a esa falta de conocimientos básicos previos como uno de los principales escollos que encuentran. «Nuestra labor como docentes es la de interpretar, traducir y transmitir el mensaje de manera accesible, ya que se les ofrece un contenido muy técnico, muy amplio y profundo que suele suponer un reto para los alumnos y alumnas hasta que se hacen con él», explica. De este modo, los formadores se convierten en el eslabón intermedio de la cadena y funcionan como correa de transmisión para que los reclusos accedan al conocimiento y lo interioricen de forma que se pueda convertir en una herramienta laboral útil para su presente y, sobre todo, para su futuro fuera de los muros de la prisión.

la inserción laboral de casi el 100 % de las personas desempleadas o en riesgo que pasan por la fundación», asegura su compañera Conchi Corona, responsable de Formación para el Empleo e Intermediación Laboral de Tomillo.

La motivación y las ganas de aprender son los elementos clave a la hora de seleccionar los veinte perfiles que trabajan en cada una de estas convocatorias, pero el proceso se complica para las organizaciones que trabajan con personas con problemas de adicciones. Como cuenta Roberto Albaida, técnico de Programas de Empleo en la Federación Liberación de Sevilla, al trabajar con alguien que es o ha sido drogodependiente, lo primero es atajar los problemas de salud específicos que puedan presentar para ayudarle a superar su situación. Una vez recuperado, se impulsa su incorporación laboral con *Reciclar para cambiar vidas*, el último paso para conseguir su plena integración social.

Pero el camino no acaba ahí.

«¿Cómo enseñar a amar la naturaleza a personas que nunca han estado en contacto con ella?»

Para ello, la formación en competencias transversales es clave: en un futuro laboral marcado por la digitalización –que ya se cuela por las grietas del presente–, hacer hincapié en aquellas capacitaciones que nos diferencian de las máquinas puede suponer un hecho que sirva para diferenciar positivamente su currículum como trabajadores, pero también les ayuda a nivel emocional. «Nuestra labor es ayudarlos también en el plano personal. Dentro de los centros penitenciarios existen unas dinámicas muy específicas que exigen un extra de autoestima y empoderamiento», admite Navarro Martínez. Así, tras ciento ochenta horas de formación teórica y otras tantas de competencias transversales, los internos acaban con un certificado que les abre las puertas a diferentes puestos dentro del propio centro.

Cuando termina el proceso de formación, la prueba de fuego llega en forma de prácticas laborales. Más allá de mejorar su reputación, las empresas especializadas en reciclaje y gestión de residuos buscan aportar un valor añadido con su participación en el programa de Ecoembes y Fundación La Caixa. «Esta iniciativa nos brinda la posibilidad de encontrar una bolsa de empleo con gente formada en gestión de residuos y, sobre todo, con ganas de trabajar. Además, es una manera de ayudar a gente que quiere hacerlo pero que, por un motivo u otro, no lo consigue», asegura Agustín Martínez, director general de Abonos Orgánicos Sevilla (Aborgase). Lejos de allí, en Tirme –el Parque de Tecnologías Ambientales de Mallorca–, la incorporación a *Reciclar para cambiar vidas* supuso un paso natural y lógico. «Llevamos trabajando en la selección de envases desde 2002 y desde el principio fomentamos la inclusión sociolaboral de personas en situación de vulnerabilidad, una prioridad dentro de nuestra labor, ofreciéndoles una segunda oportunidad en colaboración con una fundación local», explica su director general, Rafael Guinea. Acoger a los participantes de este programa de inclusión es algo positivo para las corporaciones que, además de tener disponible personal para el trabajo diario, arrojan algo de luz al futuro profesional de personas que no lo tienen fácil en el mercado laboral habitual. «Independientemente de si se les contrata o no, gracias a este programa todos ellos aprenden a desempeñar funciones relacionadas con el reciclaje, un oficio que tiene cada vez más futuro», resume Borja Fernández, director adjunto en Grupo Defesa.

Más allá de las ayudas sociales y los subsidios para aquellos más desfavorecidos, el empleo es una manera de salir de la pobreza y de evitar la discriminación social que lleva aparejada: cuando una empresa decide dar una oportunidad laboral a alguien que no suele tenerlas, no solamente ejerce

su responsabilidad social con ella, sino que ayuda, de paso, a toda su familia. «No podemos olvidar que estas personas cumplen una función necesaria para que las compañías desarrollemos nuestra actividad empresarial. La dignificación de la labor que realizan está en la propia necesidad y utilidad de ese trabajo», concluye Guinea.

Como extra, *Reciclar para cambiar vidas* también tiene una misión ambiciosa que trasciende a la función social del programa: formar a los mejores profesionales en la cantera de la gestión de residuos. «Queremos que las personas que salgan del programa sean los mejores candidatos para una oferta de empleo en el sector. No queremos una iniciativa filantrópica a la vieja usanza, sino formar talento independientemente de las condiciones de origen de las personas», asegura Aylagas. Además de contribuir a que los residuos de envases tengan una segunda vida, los participantes del programa adquieren los conocimientos y sensibilidad medioambiental que se precisan para acercarse al mundo del reciclaje. «Ahora siempre pienso en darle una segunda vida a todo, porque a mí también me la han dado», cuenta por su parte Isabel Vela, participante de un programa que ha logrado sacar a flote a muchos marineros que, como Santiago en *El viejo y el mar*, han tenido que enfrentarse a más de mil adversidades en alta mar.

1

46

centros penitenciarios españoles participan en *Reciclar para cambiar vidas*

4

+380

participantes en el programa han realizado prácticas en el sector

37

empresas especializadas en reciclaje y compañías de consumo forman la Red de Empresas del proyecto

3

+4.400

personas se han formado en gestión y tratamiento de residuos desde 2014

6

2

+1.200

puestos de trabajo generados para personas en riesgo de exclusión social

5

+3.800

personas formadas eran internos en centros penitenciarios españoles



¡QUÉ OPORTUNIDAD PARA LAS EMPRESAS!

La COVID-19 ha puesto el foco en la capacidad de resiliencia de las comunidades. Como parte esencial de la sociedad, el tejido empresarial debe demostrar que entiende el nuevo entorno y su papel en él, priorizando el interés social frente al individual.

Por Cristina Monge
Politóloga, asesora ejecutiva de
Ecodes y profesora de Sociología
en la Universidad de Zaragoza

El *shock* que ha producido la pandemia del coronavirus une al drama de los miles de personas muertas, la constatación por parte de la sociedad de estar inmersos en un entorno de incertidumbre donde la interdependencia –más importante que nunca– nos hace especialmente vulnerables. No creo que arriesgue mucho si digo que uno de los grandes temas que nos ocupará en los próximos tiempos será el de la seguridad. ¿Qué significa una sociedad segura en este contexto? Obviamente, cosas distintas a lo que sería y fuera unas décadas atrás.

Los riesgos actuales, en forma de pandemias, de cambio climático, de una revolución tecnológica al margen de la sociedad y la política, o del descrédito de la democracia, no se combaten con las armas tradicionales. Será en la construcción de redes y tejidos que doten de resiliencia a nuestros entornos donde habrá que construir esa nueva noción de seguridad que, además, debe ser compatible con la de libertad.

El papel de las empresas en este gran reto es ineludible. En pocas crisis como esta se ha visto lo dependientes que son también las corporaciones de las sociedades en las que operan. Si lo hacen en entornos seguros y resilientes no solo ellas serán más fuertes, sino que podrán resistir mejor las amenazas. Si, por el contrario, están insertas en contextos dominados por la emergencia climática, por desigualdades crecientes o por entornos autoritarios, sus amenazas se multiplicarán. De ahí que las empresas deban ser las primeras interesadas en la configuración de sociedades más seguras, entendiendo la seguridad como sinónimo de resiliencia.

Es hora de dar un salto adelante en el rol que las empresas deben jugar en la sociedad. No se trata de poner en marcha medidas de eficiencia energética, o de colaborar con entidades sociales, o de hacer campañas de causas loables. Todo esto es positivo, sin duda y, por supuesto, se debe seguir haciendo, pero el reto es otro.

La oportunidad que tienen las empresas ante sí ahora mismo es la de demostrar que han entendido el nuevo entorno y su papel en el mismo y que, por tanto, su compromiso debe llevar a priorizar el interés social antes que el del accionista. Entre otras cosas porque, como se ha visto en esta crisis, cuando el desastre llega, el accionista también se arruina. Por tanto, qué mejor manera de defender sus dividendos que invirtiendo en la seguridad de todos y todas. El compromiso con el mantenimiento del empleo, la flexibilidad en los cobros, la adopción de estrategias integrales de gestión ambiental y, por supuesto, la responsabilidad fiscal, son algunas de las herramientas.

Es cierto que los humanos no tenemos mucha memoria, pero no es menos verdad que esta crisis va a dejar –al menos en el confortable Occidente– una huella profunda en lo social, en lo económico y en el ego de unas sociedades que se soñaron infalibles. En este dolor, lo que cada empresa haga o deje de hacer será recordado.

seis historias

cientos de nuevas oportunidades

Dicen que el aleteo de una mariposa en Japón puede provocar un huracán en la otra punta del mundo. De la misma manera, una pequeña iniciativa de varias empresas y entidades sociales se puede llegar a convertir en una gran oportunidad para las personas que se topan con ella. Reciclar para cambiar vidas es ese aleteo, un proyecto que ha cambiado la vida de quienes forman parte de él, formadores y participantes.

Por Raquel Nogueira



Sophie Pasleau Callejón

Docente experta en gestión de residuos

«En el Centro de Inserción Social de Sevilla se da un caso especial: hay reclusos en una situación más permeable que en un centro penitenciario normal y, por tanto, tienen la posibilidad de hacer prácticas en empresas. Uno de mis alumnos tenía una condena de 25 años y llevaba la mitad de su vida en prisión. Lógicamente, su formación académica era muy básica. Acudí a mi clase de gestión de residuos asiduamente y se lo tomé con mucha seriedad, voluntad y ganas de superar cualquier reto que se le pusiese por delante. Era una maravilla ver cómo se esforzaba y trabajaba. Para él era la oportunidad de su vida, un asidero al que quería anclarse después de toda la experiencia vital que había tenido. Tras las prácticas, le ofrecieron un contrato de trabajo. Lleva años trabajando en una empresa colaboradora que se dedica al reciclado de plástico en Sevilla. El curso fue su trampolín para volver a la vida en libertad y reengancharse a la sociedad. Cuando le veo, siempre me dice lo mismo: "Reciclar para cambiar vidas supuso un antes y un después". ¿Dónde estaría ahora si no hubiese sido por esta oportunidad?».



Antonio David Navarro Martínez

Docente experto en gestión de residuos

«Nunca se me olvidará la historia de un recluso del centro penitenciario de Huelva que asistió a mi curso. Tenía una trayectoria muy complicada, había pasado por varias cárceles y tenía una adicción a las drogas. En

Huelva se estaba enmendando y, por eso, le recomendaron participar en el programa. Así, podría trabajar en el propio centro y salir del hoyo en el que se encontraba. Estaba a la vez ilusionado y aterrado, porque nunca había trabajado en nada parecido. Se sacó el certificado y empezó a trabajar en la cárcel. Esto ocurrió en 2015 y todas las veces que he vuelto al centro me lo he encontrado trabajando en el taller de residuos, siempre muy contento. **Reciclar para cambiar vidas** transformó su vida: terminó el tratamiento para las adicciones y, por primera vez, algo le hace ilusión. Cada vez que le veo me dice "mira, como tengo dinerillo, me he puesto los dientes o he hecho tal y cual". Una de las veces que nos vimos me contó que su madre por fin iba a visitarle a prisión. Al principio te contaba los dramas que tenía, pero poco a poco, con el trabajo, con la formación que le ofrecimos y el puesto que conseguí, cambió muchísimo, para bien. Pudo trasladarse al módulo de trabajadores, donde hay más oportunidades. Ahora, cada vez que imparto un curso, se viene a clase a animar al resto de reclusos, les dice que merece la pena... Les explica cómo tomarse las clases y que no se agobien, porque al ser puramente teórico al principio es complicado. Es el mejor ejemplo para el resto de alumnos».



Isabel Vela

Participante de **Reciclar para cambiar vidas**

«Toda mi vida ha consistido en trabajar, por eso, después de más de un año en paro, mi situación personal se había vuelto horrible: me levantaba todas las mañanas sin ganas de vivir, ni de hacer nada. Me había acostumbrado a pasarme el día llorando... A través de una asociación de Sevilla me recomendaron un programa de formación para

trabajar en gestión de residuos, algo que de primeras suena difícilísimo. Sin embargo, es todo lo contrario: todo el mundo es muy simpático y te ayuda mucho, así que el curso se pasa volando y absorbes todo lo que te enseñan como si fueses una esponja. Hace un año que empecé a trabajar gracias a **Reciclar para cambiar vidas**, me dieron una segunda oportunidad y no tengo más que palabras de afecto porque te ayudan, te comprenden y te apoyan incondicionalmente para que salgas del pozo, y eso es muy importante. En el trabajo, además, tus compañeros te acogen muy bien y te hacen sentir una persona de nuevo, porque el desempleo acaba deshumanizándote. Más allá de la mejora económica que supuso encontrar un empleo –que es enorme, porque ahora puedo sacar adelante a mi familia–, el programa de Ecoembes y La Caixa me ha ayudado a mejorar mi salud mental. Por fin vuelvo a sentirme bien, a estar alegre. Me han dado una segunda oportunidad que ha cambiado mi vida por completo».



Sonia Nieto

Participante de **Reciclar para cambiar vidas**

«Soy educadora infantil y, por cosas de la vida, acabé en una situación de desempleo de larga duración. Además, al ser madre y mayor de treinta... Llevaba un tiempo que se me agotaban las ayudas del paro, por lo que buscaba desesperadamente cosas que hacer. Iba al servicio público de empleo y el orientador laboral me recomendaba que echase currículos en un sitio u otro porque buscaban gente, pero no había manera. Llegar a la Fundación Tomillo y acabar en el curso de gestión de residuos fue una casualidad y, por ocupar la mente en algo, acabé en **Reciclar para cambiar vidas**. En la Fundación te comentan más o menos

el puesto que vas a llevar a cabo en las prácticas, pero yo venía de estar en un aula con niños y el cambio fue difícil. Pero es muy entretenido y, además, soy una persona que se adapta a situaciones nuevas fácilmente. Cuando acabé las prácticas me fui encantada, porque nos dijeron que si necesitaban a alguien nos llamarían. Ahí se quedó la cosa. Envié mi currículum y me marché de vacaciones –justo coincidía que era verano y me iba al pueblo–. Al poquito tiempo, como en un mes, me llamaron por teléfono: necesitaban una persona para incorporarse a trabajar con ellos y les gustaría contar conmigo. Me puse contentísima. Me incorporé y, al poco, me hicieron indefinida, y allí sigo, encantadísima de la vida».



Begoña de Benito

Directora de Relaciones Externas y RSC de Ecoembes

«**Reciclar para cambiar vidas** demuestra que nuestra razón de ser va más allá del reciclaje y de su operativa. Debemos contribuir desde nuestro ámbito de actuación a la mejora del impacto ambiental de los envases, pero también es necesario que seamos capaces de trasladar a la sociedad proyectos que mejoren la calidad de vida de todos, y que permitan que Ecoembes –no desde las grandes palabras, sino desde los hechos– vaya más allá del reciclaje en sí. Es esencial que hagamos nuestra la Agenda 2030 y seamos parte activa de la transición justa que promueven los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Este proyecto tiene mucho que ver con sacar partido a las alianzas y el trabajo colaborativo. Con el reciclaje generamos más de 46.000 empleos de calidad, inclusivo, de futuro y que lucha contra las desigualdades. Además, el proyecto –como el reciclaje hace con los envases– le ofrece una segunda oportunidad a las personas en riesgo

de exclusión a través de un empleo con futuro, verde y sostenible. Cerramos así el círculo de la economía circular que nos ayudará a que la transición ecológica sea justa y no deje a nadie atrás».



Jaume Farré Cortadellas

Director de Integración Sociolaboral de Fundación La Caixa

«El trabajo es una herramienta básica para la inclusión social. No es solo tener una nómina –aunque sea una herramienta clave para luchar contra la pobreza–: trabajar significa también relacionarse y llevar una vida normalizada. En este programa, las empresas son un actor clave, por ser las que contratan y dan oportunidades reales a las personas. Nuestra labor es empoderar y preparar a quienes participan en el programa, y lo conseguimos gracias a una red de técnicos de situación laboral y de prospectores de las casi 500 entidades que trabajan con nosotros en todo el territorio. Los técnicos son los encargados de buscar ofertas de empleo que encajen con las competencias de los beneficiarios. La colaboración con Ecoembes es fundamental para entender lo que significa ofrecer un trabajo de calidad, que no es más que reciclar vidas».

Nicola Cerantola

«Quien esté preparado en gestión de residuos tendrá trabajo asegurado para 50 años»

Por
Laura Zamarriego

La emergencia climática, con sus derivadas sociales, exige acometer una transformación urgente en todos los ámbitos: económico, industrial, laboral, de consumo y cultural. Nicola Cerantola es ingeniero industrial experto en ecodiseño y economía circular, y fundador de Ecologing, una empresa social que nació en 2009 con el objetivo de ayudar a las organizaciones y a sus líderes en la transición empresarial hacia nuevos modelos resilientes (y rentables).

En esta entrevista, desgrana los retos y las oportunidades que ofrece este cambio sistémico inminente ahondando en la dimensión social de la economía circular y de los nuevos nichos de empleo, en las oportunidades del emprendimiento y el poder del consumidor como palanca de cambio.



Consumimos los recursos equivalentes a un planeta y medio. ¿Somos lo que tiramos?

Somos responsables y a la vez víctimas de un sistema basado en el abaratamiento de los recursos y en el consumir por consumir. Hemos llegado a un extremo en el que estamos llenos de cacharros, de productos que realmente no nos hacen felices pero que tratan de rellenar ese vacío emocional y relacional. El consumo ha sustituido a la parroquia, al Estado, a la comunidad de vecinos, a todo lo que antes servía de sustento emocional. Es un círculo vicioso; sin darnos cuenta, nos dejamos llevar por la corriente de un mercado que te empuja a consumir. La economía lineal ha roto la relación entre demanda y oferta. Con la economía de escala, yo produzco lo que sea lo más rápido y barato posible, y luego ya me ocuparé de venderlo. Nunca antes había pasado en la historia. Es fundamental empezar a cuestionarnos las razones de nuestro consumo.

La economía está tremendamente ligada al consumo. ¿Es su circularización la solución a este delirio? ¿Cómo se materializa?

No es que sea la solución, pero sí un camino. Yo veo la economía circular como un modelo transitorio que va a durar unas décadas. Necesitamos una solución drástica, porque en Europa nos estamos dando cuenta de estas cosas, pero hay un mundo emergente con miles de millones de personas que están reproduciendo la misma dinámica de consumo. La clase media emergente va a tener los mismos vicios que nosotros. Necesitamos un cambio cultural y de valores muy profundo.

Hablemos de la biomímesis. ¿Qué podemos aprender de los mejillones?

Es un buen ejemplo. Podríamos decir que es un objeto que se parece a una piedra, un producto cerámico, pero que no requiere de una infraestructura



como la humana. Nosotros, para hacer un producto cerámico o una botella de vidrio, necesitamos unos hornos, unos combustibles, unas actividades mineras para extraer estas arenas. Los crustáceos tienen la capacidad de crear su exoesqueleto y los insectos tienen la queratina. En el ADN del mejillón está escrito cómo formar ese material resistente que en realidad son polímeros que se generan a temperatura marina, recogen los sedimentos que hay en el mar y se va autoconstruyendo. Cuando termina su ciclo de vida, se biodegrada. Es un ejemplo muy claro de cómo podemos crear una nueva generación de envases que «se autoconstruyan», al igual que lo hace la cáscara del plátano, de la naranja o del huevo. La naturaleza nos enseña cómo crear envases biodegradables. Tenemos mucho que aprender.

¿La industria será capaz de poner toda la tecnología que tenemos al servicio de la economía circular y del ecodiseño?

Yo soy bastante optimista en ese sentido. La economía circular no es algo a lo que aspiremos de forma profética, sino que hay miles de ejemplos de soluciones circulares. No todos del mismo valor o de la misma calidad; a veces son aproximaciones. El mundo digital lo ha revolucionado todo. Hay una miniaturización y una descentralización de la industria. Están surgiendo focos revolucionarios de industrias que se crean en los barrios. Hasta ahora, el ecodiseño parecía un accesorio cuando en realidad es el corazón de la economía circular. Sin él no hay circularidad o, más bien, no la que necesitamos a gran escala y urgentemente. Es la inversión que una empresa tiene que

hacer si quiere cosechar los frutos más interesantes de la circularidad. Junto a él está el emprendimiento: nuevos negocios circulares, con un ADN social y que apuesten por la ecoinnovación.

Y a una mayor escala, ¿qué papel juega Europa?

En Europa decidimos apostar por la calidad en los años 90 y 2000 porque venía China. Ahora China está alcanzando nuestra calidad. Entonces, el paso siguiente es aspirar a la excelencia en sostenibilidad. Europa tiene el talento y la capacidad para liderar este cambio necesario. También porque desde una perspectiva de competitividad es fundamental. Estamos en un mercado envejecido, saturado y necesitamos una propuesta de valor diferente.

Otra derivada de la economía circular

y de la necesaria transformación de la industria es la descarbonización de las economías. Si bien la transición energética es inapelable, está generando efectos colaterales de inseguridad laboral. ¿Cómo garantizar una transición justa?

No sé si podemos garantizarla. Estamos comprando el paquete de la economía circular sin saber lo que hay en la caja. Cada vez que hay un cambio de paradigma, inevitablemente va a haber algunas víctimas. Pero la tecnología habilita muchas cosas. Es una cuestión de cambio de paradigma empresarial. Hay nichos de reinversión, de recualificación personal y profesional muy claros. Pensemos en la gestión del agua, que ya es el nuevo oro azul; o en la gestión de movilidad en ciudades que viven atascadas; o en la recuperación de residuos, reparación y reciclado. Quien esté preparado para eso, tiene trabajo asegurado los próximos 50 años. Y en el ecodiseño, que es el mártir de todo esto, el gran olvidado. Sin buen ecodiseño, la economía circular es muy vulgar y chapucera. Es importante formar a la gente en esto, hay una oportunidad educacional brutal. Estamos casi a cero, muy pocos dominan estos temas. Hace falta mucha educación, y diferente. La educación ambiental no solo consiste en enseñar a los niños cómo reciclar, sino en enseñar a razonar; lo que necesitamos es más pensamiento crítico. La transición justa tiene que ver con la capacidad que tienen las autoridades de alinearse con el nuevo mundo. Y eso se hace innovando en la forma de hacer política. Si para prorrogar un plan de economía circular o el plan de compra verde necesitamos cinco años, a los cinco años esa idea inicial ya se ha quedado obsoleta. Se necesita un liderazgo más sólido y comprometido, que sirva de guía. Por otro lado, la economía circular tiene que ser local sí o sí. Tenemos que circularizar aquí, y la forma de hacerlo es con unas políticas más inteligentes, de largo plazo, acelerando el consenso.

«Europa tiene el talento y la capacidad para liderar el cambio necesario hacia la economía circular»

¿Cómo tejer esas alianzas para que se acompañen industria, Administración y ciudadanía hacia unos mismos objetivos comunes?

Las autoridades, hasta ahora, han sido como el árbitro que en un partido de fútbol te saca la tarjeta, pero en realidad te deja jugar. Eso es el liberalismo. Debemos demandar las tarjetas rojas y amarillas, porque hay quien se va a pasar cuatro pueblos, pero también que nos ayuden a jugar mejor. Necesitamos establecer nuevas reglas. ¿Cómo vamos a vivir de aquí a 20 años? Decirle al político de turno: «Explícame cuál es tu política a medio y largo plazo, no la de los cuatro años que vas a gobernar. Vas a tomar decisiones que van a repercutir en el futuro de las personas. Eres la pieza de un puzzle mucho más grande que tú». Esto no va de colores políticos. Los ODS son una agenda apolítica. Lo está diciendo Naciones Unidas, no el rojo, el azul o el amarillo. Y para cumplir esa agenda tenemos diez años... No siempre la mejor decisión del individuo responde a la mejor para el bien común. Debemos diseñar para la

colectividad.

Programas como Reciclar para cambiar vidas, de Ecoembes, proponen añadir a las tres R –reducir, reutilizar y reciclar– una cuarta, la de reinsertar. ¿Qué posibilidades laborales ofrecen la economía circular y el reciclaje?

Con respecto a otros países, España tiene un reciclaje bastante formal. Hay un gran abanico de oportunidades de emprendimiento social relacionado con la recuperación de enseres, colchones, aparatos electrónicos... O cosas que se necesitan reacondicionar, ordenadores en las escuelas, textiles... El futuro va a ser micro, de emprendimientos pequeños, unipersonales y pymes. Es fundamental crear un tejido descentralizado, más democrático. Hay tantos nichos de empleo como cantidad de residuos generamos. En los próximos años se espera una verdadera revolución del sector de los residuos, las políticas de economía circular hacia el residuo cero harán que se vayan aprovechando cada vez más y mejor como materias primas y empezaremos a reciclar cosas que ahora acaban en vertederos. El impacto de las tecnologías requerirá nuevas profesiones que aún desconocemos. Pero hay tantos retos por delante, que trabajos en cuestiones sociales y ambientales no van a faltar nunca.

OYE, SIRI ¿CÓMO SERÁ EL EMPLEO EN EL FUTURO?

Por
Jara Atienza

Nos encontramos en medio de una revolución tecnológica y digital que promete dinamitar todos los esquemas que teníamos sobre el futuro. El empleo será una de las patas sociales que más va a sufrir esta transformación, pero conseguir que los humanos no dejemos de estar en el centro de todo depende de nosotros. ¿Sabemos cuál es el camino a seguir?

FUTURO



ye, Siri... Desde hace una década, miles de millones de personas en todo el mundo han pronunciado al menos una vez estas palabras para despertar al asistente virtual de sus teléfonos móviles. Quien no lo haya hecho, probablemente ha utilizado otras fórmulas como «Ok Google» o «Alexa» y, acto seguido, ha lanzado una orden o una pregunta que ha sido resuelta en cuestión de segundos. Este acto cotidiano refleja una realidad ahora inapelable: hemos incorporado la tecnología a nuestro día a día de tal manera que ocupa un gran espacio en nuestras vidas. Además, lo hemos hecho a velocidades vertiginosas. O, ¿acaso no recordamos que hace apenas dos décadas los diccionarios, las enciclopedias y los libros eran la única herramienta de información de la que disponíamos en casa? La tecnología vino para quedarse hace ya mucho tiempo, pero sus ritmos de transformación son tan rápidos que resulta complicado predecir cómo será nuestro futuro.

En 2016, el presidente del Foro Económico Mundial, Klaus Schwab, anunciaba que nos estábamos adentrando en La cuarta revolución industrial, una etapa marcada por el desarrollo de la robótica, la nanotecnología y la inteligencia artificial que, según subrayó, deberemos aprender a dominar. Al pronunciar esta pauta, el economista confirmaba que la incertidumbre planea sobre el avance tecnológico que se avecina. Aunque, sin duda, sus aportaciones pueden aumentar la calidad de vida de las personas y contribuir al desarrollo social, todo apunta a que un mal uso de las nuevas tecnologías podría tener consecuencias negativas que apartasen a las personas del lugar que hoy ocupan. Este último escenario se presenta especialmente inquietante cuando se trata del mercado laboral, donde la automatización y la digitalización de los procesos productivos han despertado el recelo entre la población. ¿Acabarán las máquinas sustituyendo a los trabajadores? ¿Podremos competir con las nuevas tecnologías? ¿Cómo abordaremos este reto? Encontrar una respuesta no resulta sencillo. Basta hacer la prueba y pronunciar "Oye, Siri", para comprobar que nuestro comando de voz tampoco encuentra una respuesta.

Hoy, son muchos los estudios que cifran –aplicando la fórmula matemática creada en 2013 por los académicos Carl Benedikt Frey y Michael Osborne– el número de puestos de empleo que se destruirán en los próximos 20 años por las consecuencias de la revolución digital. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) cifra en 1.400 millones los puestos de trabajo que son vulnerables por esta nueva realidad, mientras que el Foro Económico Mundial estima que desaparecerán cerca de 75 millones de empleos. Otros, por su parte, hablan de que entre un 45 % y un 57 % de los trabajadores actuales son susceptibles de ser sustituidos por robots.

Como confirma María Luz Rodríguez, profesora de Derecho del Trabajo de la Seguridad Social de la UCML y experta en digitalización y trabajo, no existe un consenso al respecto.

De la misma manera que no lo hay en relación al número exacto de puestos de trabajo que se crearán para satisfacer las demandas de la cuarta revolución industrial. ¿Alcanzarán esos 133 millones de nuevos empleos que estima el WEF? Para Rodríguez, la única certeza que tenemos es que el mercado laboral se está transformando profundamente y que las formas de trabajo están cambiando por el avance de la tecnología.

«Para abordar este nuevo mercado será necesario primero, encontrar políticas de diagnóstico eficientes y, segundo, repensar el sistema educativo actual y aplicar políticas educativas y de formación que provean a la población trabajadora de esas nuevas cualificaciones que van a necesitar con la revolución tecnológica», señala la experta. La adquisición de competencias digitales se hará imprescindible, pero en un mundo en el que se presupondrá el manejo de las nuevas tecnologías en cualquier profesional, las competencias intrínsecamente humanas –es decir, las no mecanizables– tendrán un valor incalculable. «Hay que empezar a reforzar las capacidades esencialmente humanas, como la capacidad de pensamiento crítico, la capacidad de empatía o la habilidad de analizar un problema para abordarlo de la mejor manera», matiza Rodríguez.

NUEVA SOCIEDAD, NUEVAS CAPACIDADES

En el siglo XXI, la creatividad, la curiosidad y la capacidad de reinventarse no serán algo optativo si se quiere ser *empleable*. Francisco Mesonero, director general de la Fundación Adecco, concreta que en los procesos de selección ya no se valorará tener una alta cualificación en el terreno de la ingeniería o la robótica, sino que se atenderá a la intuición tecnológica con la que uno cuente. Estimular esas capacidades es la nueva hoja de ruta para los empleados del futuro. Sin embargo, el éxito de la implementación dependerá del cómo y del cuándo las Administraciones públicas aborden esta cuestión. «La formación continua a lo largo de la vida de las personas será la única fórmula que funcionará en el nuevo mercado porque, solo eso nos permitirá estar siempre en sintonía con un entorno empresarial que cambia sus procesos y estrategias a pasos agigantados», señala Mesonero. Y añade: «Por eso debemos empezar de inmediato a invertir en las personas».

Unos nuevos modelos educativos y de formación serán los pilares de una sociedad que deberá adaptarse al cambiante (y digitalizado) mercado laboral del futuro. Pero eso no será suficiente para lograr que las oportunidades que presenta el progreso superen los riesgos. Para Joaquín Nieto, director de la Oficina de la Organización Internacional del Trabajo, conseguir que la revolución tecnológica suponga únicamente una oportunidad pasa por reducir primero las desigualdades sociales que azotan nuestro presente. De lo contrario, sostiene, la tecnología podría ser el motor de un mundo cada vez más y más desigual.

María Luz Rodríguez

«En un mundo digitalizado, las capacidades esencialmente humanas tendrán un valor incalculable»

Las brechas territoriales –entre un ámbito rural con todavía escasa conexión de internet y un digitalizado entorno urbano–, la de género –las mujeres siguen siendo las grandes ausentes en las carreras STEM y son aún menos visibles en altos cargos en sectores relacionados con la tecnología– y las brechas generacionales –entre jóvenes nativos digitales y mayores con pocas capacidades en ese ámbito–, son algunos de los mayores desafíos a los que nos enfrentamos. Ignorarlos al abordar la revolución digital no solo es un error, sino que puede ser contraproducente si queremos evitar caer en un determinismo tecnológico en el que sea la tecnología la que dicte el porvenir de la humanidad, y no a la inversa.

«El futuro ya está aquí, solo que desigualmente repartido», sentenciaba el escritor norteamericano William Gibson. Aunque él lo afirmaba en otro contexto, rebatir sus palabras es hoy una tarea complicada. En cambio, reformular esa frase todavía está en nuestras manos. «Tanto los Gobiernos como las empresas o la ciudadanía tienen la responsabilidad de reducir las posibles brechas que podría generar o acentuar la tecnología, priorizando el impacto social al desarrollo», señala Nieto.

¿Y cuál es el camino a seguir para garantizar que nadie se queda abandonado en la cuneta de esta autopista sin límite de velocidad? El catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Barcelona, Antón Costas, daba algunas claves en 2018: «Hay que abandonar la complacencia con la desigualdad; de lo contrario, puede que en un futuro haya economías más cerradas. Esta es un poderoso disolvente del contrato social de las economías de mercado. El núcleo moral que legitima el sistema de mercado es el ofrecer oportunidades a todo el mundo».

HACIA UN FUTURO MÁS DIVERSO E INTEGRADO

En este peregrinaje hacia la igualdad de oportunidades, las compañías y los líderes empresariales juegan un papel importante para poner el foco en la integración sociolaboral de los más vulnerables. Pero para hacerlo es necesario comprender el momento en el que vivimos. Dentro del escenario laboral actual, las personas con discapacidad intelectual, en riesgo de exclusión social o sin cualificación, que tradicionalmente han realizado tareas manuales, son especialmente sensibles al proceso de digitalización y automatización.

Para Francisco Román, director de la Fundación SERES, la integración en plantilla de personas con discapacidad será fundamental para transitar hacia una sociedad más sana con empresas más fuertes en cooperación con los demás agentes sociales. De momento, según el *VI Informe del impacto social de las empresas* elaborado por SERES junto a Deloitte, los datos se muestran positivos: el 86 % de las corporaciones participantes en el estudio integraban ya a personas con discapacidad. Sin embargo, no es suficiente.

«La diversidad significa que te inviten a una fiesta. Inclusión es que te saquen a bailar». Citando esta frase de la actual consultora de Inclusion Strategy de la plataforma Ne-

tflix, Verna Myers, Román refuerza la idea de que la apuesta por la diversidad debe venir unida al concepto de inclusión que, en sus palabras, significa que «además de estar, cuentan contigo». De esta manera, lo primero se convierte en antesala de lo segundo. «Debemos apostar por una cultura corporativa diversa donde las diferencias sumen y donde se ponga el foco en la atracción de distintos valores, actitudes, habilidades y competencias», sugiere. Se trata, al final, de atraer (y gestionar bien) el talento.

Precisamente, esta es la línea en la que lleva años trabajando Cerealto Siro Foods, una compañía en la que el 11 % de la plantilla la conforman colectivos vulnerables y personas con discapacidad. Su presidente, Juan Manuel González Serna, apela a una responsabilidad compartida que haga realidad la plena inclusión: «entre todos, debemos reforzar la dimensión social. Solo así podremos conseguir una sociedad sostenible sin dejar a nadie fuera o atrás», señala.

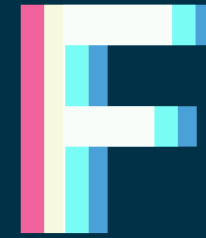
Para lograr atraer y retener ese talento, el valor añadido de las empresas será una pieza clave en el desarrollo de un mercado laboral más digitalizado, justo e inclusivo. En este aspecto, resalta un sector de vital importancia en el proceso de transición ecológica necesario para combatir el cambio climático: el del reciclaje. Se trata de una actividad que en los últimos cuatro años ha crecido un 18,8 %, cerca de nueve puntos por encima de la media.

Aún así, los datos no alcanzan a reflejar el salto cualitativo que está dando el sector del reciclaje. Según un estudio reciente del Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud de Comisiones Obreras (Istas-CCOO) en colaboración con Ecoembes, además de crecer por encima de la media en cuanto a volumen, también lo hace en cuanto a calidad salarial, estructuras tecnológicas, innovación y sistemas de seguridad y salud. Para Vicente López, director gerente de Istas-CCOO, este sector va a ser básico para el desarrollo de la economía circular, que promete convertirse en la economía de un futuro más sostenible. También lo será de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, ya que facilita el acceso a los colectivos más vulnerables. «No tiene cabida que un sector tan importante para la economía del futuro se base en un trabajo precario o que no sea accesible para todos. Al final, aunque a veces se nos olvida, los sectores se fortalecen no por su potencia productiva, sino por su potencia social; por ser capaces de generar un empleo que atraiga el afecto de los trabajadores», concluye López.

El escritor irlandés George Bernard Shaw recordaba a inicios del siglo pasado que el progreso es imposible sin el cambio y que aquellos que no puedan cambiar sus mentes no pueden cambiar nada. Ante un entorno en transformación continua, hay dos actitudes posibles: considerarlo una amenaza o una oportunidad. Para los expertos, el empleo del futuro será irremediamente tecnológico, pero que además coloque a los humanos en el centro está ahora en manos de la sociedad. Solo de esta manera el empleo en el siglo XXI será tan digital como inclusivo. «Oye, Siri: ¿lograremos ganarle, una vez más, la carrera a la tecnología?». Quizá no haya que esperar a que responda.

Joaquín Nieto

«Que la revolución tecnológica sea una oportunidad dependerá de si logramos acabar con las brechas sociales»



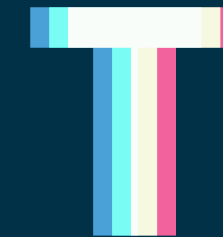
Clave 1 Digital

La robótica, la nanotecnología y la inteligencia artificial serán los grandes protagonistas de los procesos productivos del futuro. Dominar las últimas herramientas tecnológicas aumentará las posibilidades de encontrar empleo y permitirá una mejor adaptación al mundo digitalizado que se avecina.



Clave 2 Constancia

La sociedad digital está intrínsecamente ligada a la formación continua. El aprendizaje constante de nuevas habilidades durante toda la etapa profesional será un factor clave.



Clave 3 Empatía

En un mundo eminentemente tecnológico, las capacidades humanas serán lo que marque la diferencia en un nuevo entorno laboral que necesitará personas que en su día a día abracen el pensamiento crítico y la empatía.



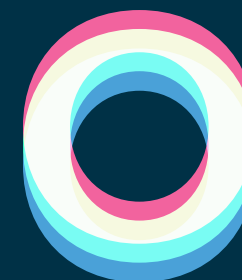
Clave 4 Diversidad

Las empresas que aprendan a gestionar el talento de sus empleados y apuesten por la diversidad de capacidades saldrán reforzadas en la sociedad del siglo XXI.



Clave 5 Inclusión

Diversidad e inclusión vienen de la mano. No será suficiente saber crear equipos diversos, sino que será necesario fomentar la unión, la integración y el trabajo conjunto de todos los compañeros para conseguir resultados satisfactorios.



Clave 06 Sostenibilidad

El desarrollo sostenible es la única vía para proteger el planeta y garantizar un futuro saludable y próspero para la humanidad. Aquellas personas que se formen y se especialicen en sectores relacionados con la sostenibilidad y la economía circular verán incrementadas sus posibilidades de empleabilidad.

PACTO VERDE

TRANSICIÓN JUSTA

Por
Francisco Fonseca Morillo
*director de la Representación de
la Comisión Europea en España*

Con la llegada de la COVID-19, la UE centró sus esfuerzos en proteger la salud de los ciudadanos y en atenuar el impacto del parón económico. El Green Deal es el instrumento para una recuperación verde que demuestre el compromiso con la ciudadanía, las empresas y el clima.

A principios de este aciago 2020, afilábamos nuestros lápices con ilusión para empezar a trabajar en las prioridades de la recién estrenada Comisión von der Leyen: avanzar en la digitalización de la economía y su dimensión ética, promover una estrategia firme y decidida para acabar con la violencia de género y la brecha salarial y, por supuesto, desarrollar la primera ley climática del mundo con ambición continental. Entonces, la crisis de la COVID-19 azotó con toda su fuerza nuestro continente. La Unión Europea centró sus esfuerzos de emergencia en la protección de la salud de los ciudadanos y en que el parón económico tuviera la menor repercusión posible en el empleo. Pero el compromiso de la UE con la

ciudadanía, las empresas y el clima ha ido mucho más allá.

En el contexto de una gran crisis como la que estamos afrontando, muchos pueden pensar que el Pacto Verde o la idea de la transición justa han vuelto al cajón de donde salieron. Afortunadamente, no es el caso. Así se ha demostrado con el histórico acuerdo alcanzado en el mes de julio en torno al presupuesto a largo plazo de la Unión (Marco Financiero Plurianual) para 2021-2027 y a su refuerzo de 750.000 millones de euros a través del instrumento NextGenerationEU. Juntos, suponen un paquete global de 1,82 billones de euros y, de ellos, el 30% irá destinado a inversión relacionada con el clima: el mayor paquete de inversión climática de la historia. Y se justifica, por un lado, por el claro interés de las instituciones europeas y de los Gobiernos de la UE porque el Pacto Verde y las acciones en torno al clima sean los motores de la recuperación económica y, por ende, para la creación de empleo y para la transformación de Europa en un continente más sostenible. Por otro, refleja el sentir de la ciudadanía: por ejemplo, según un Eurobarómetro reciente, el 86% de los españoles sostiene que el medioambiente debería protegerse con medidas conjuntas entre los Gobiernos y la UE. En ello estamos, pero en esta carrera no podemos dejar a nadie atrás, más aún en el contexto actual.

Nuestro objetivo de convertir Europa en un continente climáticamente neutro para 2050 se mantiene. Para conseguirlo, la Comisión se ha propuesto movilizar un billón de euros en los próximos diez años a través del Mecanismo Europeo de Transición Justa y el Plan de Inversiones del Pacto Verde. Por un lado, se pondrán en marcha préstamos del Banco Europeo de Inversiones destinados al sector público. Por otro, se apostará por privilegiar la inversión en proyectos verdes. Estos dos mecanismos acelerarán la transición hacia una economía baja en carbono y, por tanto, el crecimiento y el empleo.

Pero ¿qué hay de ese no dejar a nadie atrás? Aquí entra en juego el Fondo Europeo de Transición Justa, que hoy se justifica más que nunca en apoyar una transición inclusiva a aquellas regiones que actualmente afrontan un cambio en su modelo industrial. Ya cuenta con un presupuesto de 17.500 millones e irá destinado a ayudar a quienes más lo necesitan en este camino de transformación integral de las industrias. Pero lo más importante es que se reorientarán parte de los programas vinculados a la cohesión a financiar iniciativas que sean consistentes con el cambio de modelo. El objetivo de estos fondos es fomentar la convergencia de las diferentes regiones de la Unión Europea. Para ello, la Comisión ha propuesto que el 30% del presupuesto total de dichos fondos se destine a iniciativas climáticas. Dada la importancia del montante, esta reorientación supone una clara oportunidad para que regiones europeas hagan su transición a modelos productivos que permitan otro tipo de crecimiento. Esto permitirá también arraigar a los ciudadanos en regiones donde su economía es dependiente, por ejemplo, del carbón y alejar así el fantasma de la despooblación. En España, lugares como Asturias, Aragón y Castilla y León se beneficiarán de esta ayuda.

Esta reorientación de fondos permitirá, por ejemplo, a través de programas del Fondo Social Europeo, una capacitación de las personas que viven en esas regiones y les facilitará el acceso a nuevas oportunidades de empleo en nuevos sectores y en aquellos en transición. Más que de un reparto concreto, de lo que se trata es de usar bien esta palanca para relanzar la actividad económica en las regiones cubiertas para este fondo de transición justa. En definitiva, actuar contra el cambio climático sigue siendo una prioridad para la Unión Europea, también asegurarnos que el Pacto Verde con su transición justa sean acicates para la recuperación de esta crisis.

RECICLAR PARA CAMBIAR VIDAS

Un proyecto de inclusión social y laboral impulsado por
Ecoembes, con Fundación "la Caixa" como aliado estratégico,
y con el apoyo de su Red de Empresas:

ABORGASE, AGUAS DANONE, APPLUS NORCONTROL, BANALES, CALIDAD PASCUAL,
CAMPOFRÍO FOOD GROUP, CARPA, CEREALTO SIRO FOODS, CESPAS GESTIÓN DE
RESIDUOS, CONDAPLAST, CONTENUR, CTC SERVICIOS AMBIENTALES, PLÁSTICOS
ESLAVA, EUROCONTROL, FCC MEDIO AMBIENTE, FOBESA, FCC, GRIÑO ECOLOGIC,
GRUPO GONZÁLEZ COUCEIRO, LYRSA, DEFESA, HIJOS DE PLÁCIDO HERNÁNDEZ,
LIMPIEZA Y RECUPERACIONES MARINA, NOVOTEC, PESCANOVA, LA RED, RECICLAJES
ELDA, LV RECICLAMÁS, RECICLANOIL, RECUPERACIONES PÉREZ, SACYR, SAICA, SM
SISTEMAS MEDIOAMBIENTALES, SULO, TIRME, URBASER, UTRAMIC